

UN
REENCUENTRO
CELESTIAL



UN
REENCUENTRO
CELESTIAL

JOHN KUMARA

Un reencuentro celestial
ISBN 978- 84 -617 -1391 – 2
ISBN 978- 84 -617 -1107 – 9 Digital

Deposito Legal: MA-711-2011

Copyright © John Kumara 2018

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicación a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Este humilde libro de fuego violeta está dedicado a:

Dios Padre/Madre, a su hijo Cristo y al Espíritu Santo: la Divina Trinidad.

Al Arcángel Miguel, a todos los demás arcángeles y a sus complementos divinos.

A Saint Germain, jerarca de la era de Acuario.

A todos los hijos e hijas de Dios, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

A todas las religiones, ya que ninguna de ellas debe sentirse inferior ni superior a las otras.

A todos los que decretan y rezan.

A todos los agnósticos y ateos.

A los más pobres entre los pobres.

A la Asociación de Teólogos Juan XIII, en especial a todos los católicos progresistas de la nueva corriente Somos Iglesia.

JOHN KUMARA

Al papa Francisco:

Tus decisiones van unidas a tu conciencia, ambas son un revulsivo para la fe católica y cristiana. Sin embargo, deberías dar un paso más: aceptar a las mujeres en igualdad de condiciones a la de los hombres, en el seno de la Iglesia de Jesucristo.

JOHN KUMARA

Tomar decisiones y soluciones correctas a lo largo de la vida es tan complicado y difícil de entender, como dejar de respirar o de latir el corazón.

El ser dispone de libre albedrío a la hora de tomar determinadas decisiones. Ello, consciente o inconscientemente, afectará a la humanidad. El mal uso de nuestros pensamientos, sentimientos, obras y acciones repercutirá en nuestra evolución espiritual.

Nadie que haya sufrido los trabajos negros –vudú, brujería o magia negra–, por mal que se sintiese, no debería devolver el mismo castigo, sino pedir justicia divina a Dios.

JOHN KUMARA

Era temprano, apenas había desaparecido la sombra gris que precede a la salida de los rayos de sol.

Margaret Thompson paseaba por el fresco verdor del aislado paraíso de Central Park en compañía de su perro guía de raza labrador.

Margaret se quedó ciega a consecuencia de un trágico accidente de coche, hacía apenas un año. En dicho siniestro falleció su marido, Peter Doyle de treinta y siete años, y la compañía de seguros Plani & Life los indemnizó por dicho fallecimiento y por las secuelas que le quedaron a ella con el pago de una póliza de 300.000 dólares. Aparte cobró como beneficiaria 600.000 dólares por el seguro de vida contratado por su esposo.

Margaret era una mujer de buena presencia, a pesar de sus casi cuarenta años. Tenía un cuerpo esbelto; sin embargo, su rostro era lo más impresionante, oval y encantador, con unos ojos grandes de un azul estival y una boca expresiva. Su cabello, negro y ensortijado, le daba un aire místico vista de perfil.

Margaret vivía sola gran parte del día y la compañía de su único hijo, llamado Richard Doyle, la llenaba de alegría y bienestar. Durante el día meditaba unas dos horas, a veces más. Escuchaba la radio y sacaba su perro a pasear. En sus ratos libres,

después de las labores del hogar, se sumía horas y horas en la escritura de su primer libro. Una novela espiritual que, por cierto, estaba a punto de terminar, gracias a la ayuda de su hijo, que se la releía ocasionalmente en voz alta. No era escritora de vocación, por lo que ni ella misma podía dar una explicación de por qué se vio obligada a contar una amena historia novelada. Ignoraba la repercusión espiritual de su libro, puesto que cada vez que escribía era observada y leída a nivel etérico por los Maestros Ascendidos que moraban en otras dimensiones celestiales. Sin darse cuenta, el destino de su vida comenzó a dar un giro espiritual. Margaret estaba destinada a cumplir una misión en la Tierra, pero ignoraba su trascendencia. Le faltaban sólo diecisiete años de vida para abandonar este mundo y pasar a vivir a otra morada de luz, circunstancia que también ignoraba.

Ahora Margaret compartía su vida sentimental con un tal Thomas Corbett. Éste la colmaba de regalos y de todo tipo de detalles que, además de llenarle el corazón de felicidad, consolaban la marcada nostalgia de su rostro.

Margaret se arrodilló en el suelo, acarició la cabeza de su perro y dijo:

—Anda, Cherokee, vámonos a casa...

El animal lanzó dos característicos ladridos dando a entender que había captado su orden. Ella se agarró al asa de cuero y ambos se dirigieron a paso lento hacia el elegante edificio de veinte plantas, llamado Arcoíris. La fachada del mismo daba a la Fifth Avenue, adjunta a Central Park. Subieron al ascensor y éste se detuvo en la última planta. El ático, lejos de derrochar suntuosidad, era sencillo y acogedor. Tenía dos habitaciones, comedor, cocina, un cuarto de baño y una pequeña terraza repleta de objetos bien ordenados.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido el paseo? —le preguntó Richard.

—Bien, hijo mío... —contestó Margaret con expresión risueña mientras soltaba a Cherokee.

Richard era un muchacho alto, de buena presencia. Tenía diecisiete años y medio, pelo castaño y ojos almendrados. Físicamente todas sus facciones recordaban a las de su padre. Vestía un pantalón vaquero, una camisa de sport de manga corta y zapatos marrones de piel.

—Mamá, el desayuno está listo, anda, siéntate —le dijo amablemente.

Richard había preparado unas infusiones de manzanilla y unas rebanadas de pan crujiente remojadas con aceite puro de oliva virgen, unos cogollos de lechuga, dos tomates y unos rabinos morados, todo ello bien aliñado.

Margaret sabía cuidarse y le daba consejos de cocina sana a su hijo. De vez en cuando comían pizzas, por eso de la comida rápida, pero no por costumbre.

—¿Te gusta el desayuno, mamá?

Margaret asintió con la cabeza, al tiempo que tomaba unos sorbos de manzanilla.

—¡Ah!, se me olvidaba: ha llamado por teléfono tu sanguijuela... —le anunció Richard en tono despectivo.

Margaret sacudió la cabeza.

—¿Quién es ese tal «sanguijuela»? ¿A quién te refieres, eh?

—A tu querido novio... ¡Vale! —le recordó con mal talante.

—¡Oh, cariño! No hables mal de mi amigo Thomas Corbett, ¿quieres?, por favor... —le pidió su madre con una expresión de desconcierto—. ¿Qué te ocurre? Siempre te he enseñado a querer a los demás, a no prejuzgar a nadie, ni siquiera debes sospechar ni tener ideas preconcebidas al respecto... Debes sentir más amor desinteresado y misericordia por las personas.

Richard movió la cabeza mientras fruncía los labios y en un tono cargado de desdén repuso:

—¡Bah! Estás interpretando mal mis palabras, mamá...

—No, no las interpreto mal... Di que él nunca fue santo de tu devoción y ya está.

—Nada, mamá, anda, déjalo...

—¿Cómo que nada? —le replicó ella levantando el tono de voz.

—Bueno, mamá, no te ofendas, pero tú y ese pajarraco no llegaréis a buen puerto; así que no te sulfures por un buitre carroñero, ¡me has escuchado bien! ¿Verdad? —le dijo con acritud y, al momento, terminó advirtiéndola—: Ahora bien, si quieres meterte en la boca del lobo, hazlo, pero nunca me digas que no intenté una y otra vez sacarte de las fauces de ese hambriento vividor...

—Por favor, cállate, no sigas, te lo ordeno —atajó Margaret—. Tu falta de respeto hacia mí me exaspera.

Richard sacudió la cabeza con la mirada tensa, cogió la mochila, se dirigió a la puerta y, tras abrirla, le espetó con expresión enfurruñada:

—Me voy, no soporto que te metan los goles como a una tonta. Abre los ojos de una puñetera vez. ¿No ves que ése no viene por tu cara bonita, sino por tu bendito dinero?

Margaret oyó un portazo y tras él un desagradable silencio. Unas lágrimas cargadas de amargura y sufrimiento se deslizaban por sus mejillas.

«Dios mío, qué bajo pega y qué cruel es...», se dijo para sus adentros.

—¡Vete a la universidad y deja de discutir conmigo, mocososo! —gritó ella, a sabiendas que su hijo ya estaba lejos, al tiempo que se llevaba la mano a la garganta para aliviar su tensión.

Unos minutos después sonó el teléfono. Margaret levantó el auricular y en su rostro apareció una dulce expresión de júbilo.

—¡Hola, Margaret! —la saludó Thomas Corbett—. ¿Cómo estás, cariño?

—¡Hola, amor mío! Estoy bien —contestó ella sonriendo, mientras se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—A propósito, cariño, hoy me gustaría que saliésemos a cenar, ¿qué te parece, eh?

—Bien, pero ¿adónde? —quiso saber ella.

—A una pizzería...

«Oh, no, qué horror, pizzas», pensó Margaret.

—Bueno... ¿Y por qué no vamos a un buen restaurante y comemos bien, como a ti te gusta decir?

Thomas se quedó unos instantes reflexionando. Luego comentó:

—Pensé que te gustaría comer una buena pasta y...

—Bien, trato hecho —se apresuró a decir para no herir su sensibilidad.

—¿Y bien...? ¿A qué hora paso a recogerte?

Margaret se quedó un momento pensativa antes de contestar y finalmente dijo:

—Pásate a eso de las nueve.

—¿Tan pronto?

—Sí, cariño, así ganamos tiempo y no volvemos muy tarde. No me gusta dejar a Richard solo.

Thomas sacudió la cabeza.

—Pero ¡mujer! Si los sábados son para cenar a gusto y luego pasar unas agradables horas en la cama.

—Perdona, Thomas, pero eso se puede hacer sin necesidad de trasnochar —lo reprendió con voz apagada—. Insisto en que no olvides lo que te he dicho sobre mi hijo, ¿de acuerdo?

Por el tono de voz, Thomas intuyó que la había disgustado y con un talante zalamero respondió:

—Oh, sí, claro, cariño. A las nueve te recojo. Así será y así se cumplirá.

—Gracias por tu comprensión, amor mío —le dijo Margaret.

—De nada, y no olvides que contigo flores benditas y hasta el fin del universo, cielo.

—Eres un encanto, te amo y sigo ansiosa por verte —se despidió ella y colgó el teléfono.



—Ven, Cherokee, échate a mis pies e inspírame a escribir un hermoso poema para Thomas, el hombre que me colma de felicidad —le decía Margaret a su perro al tiempo que tomaba un bloc de notas y abría la pluma.

Su mente se quedó bloqueada, permaneció un buen rato con la estilográfica pegada al papel y no se sentía inspirada en absoluto. De pronto y sin saber cómo, su mano comenzó a deslizarse de forma involuntaria y se quedó estupefacta unos instantes. «Mi mano se mueve sola, ¿qué me está ocurriendo?», se preguntó. Pasados unos dos minutos, la mano siguió deslizándose y haciendo espirales como si de un hilo telefónico se tratara. Posó su mano izquierda sobre la derecha y se paró la escritura automática. En esta ocasión se quedó boquiabierta. La invadió a la vez un sentimiento de pánico y de desprotección, mientras un estremecimiento le recorría la columna vertebral. «No sé lo que está pasando, pero percibo una fuerza extraña ajena a mi voluntad. Voy a seguir, necesito saber más al respecto», pensó. Se armó de valor y volvió a poner la pluma sobre la superficie del papel; ésta comenzó a girar de izquierda a derecha. La mano seguía moviéndose y dibujando espirales, esta vez de mayor a menor, hasta formar un círculo de un centímetro de diámetro. Se paró unos segundos, luego prosiguió escribiendo palabras y frases que iban diciendo: «Dimensiones, dimensiones, dimensiones, dimensiones... Hermana Margaret Thompson, no te preocupes ni te alarmes después de que tu hijo Richard te lea este mensaje. Mi nombre es Santro. Soy

un discípulo avanzado y te comunico que muy pronto mi Maestro Ascendido llamado Samitu se manifestará en tu casa. Él te hablará, te instruirá y te revelará una misión que debes cumplir. Sabemos mucho de ti, de tus estudios y de tus meditaciones en particular. Tenemos conocimiento de que estás escribiendo un libro muy interesante desde el punto de vista espiritual. Una novela que dará mucho que hablar y reflexionar a la humanidad, sin duda, despertará millones de conciencias.

»También sabemos que eres una buena persona, con un alma llena de luz, y que te espera un nuevo destino que deberás afrontar con fe, esperanza y voluntad. Serás instruida en dimensiones de la conciencia cósmica en uno de los retiros etéricos del mencionado maestro. Dentro de unos años, cuando estés preparada, serás llevada a dicho lugar por nosotros».

La mano se paró unos instantes y luego continuó moviéndose y escribiendo.

«Ahora queremos alertarte de algo serio. Te mandamos un nuevo mensaje energético a nivel mental:

»Hermana Margaret, te amamos de todo corazón, no queremos herir tu sensibilidad, tampoco interferir en tu libre albedrío, pero tenemos que ponerte en conocimiento de que tu novio, Thomas Corbett, no tiene buenas intenciones con respecto a vuestra relación sentimental. Nuestro deber, basado en el compromiso espiritual que tenemos contigo, es el de protegerte. Por consiguiente, te informamos de que este hombre no te conviene. Él no te quiere, más bien desea tu dinero y tus bienes. Por eso te colma de regalos, caricias y todo tipo de detalles... Hermana, cuando quieras ponerte en contacto conmigo invoca mi nombre, Santro, y estaré a tu disposición. Unas pequeñas sacudidas en la cabeza hacia atrás y hacia delante después de hacerme una pregunta será una señal inequívoca de la respuesta. No obstante, de ahora en adelante, cuando quieras mandarnos un mensaje de escritura, nosotros te hare-

mos saber en tu conciencia superior que lo hemos captado, y de inmediato contactaremos. De momento, eso es todo, un abrazo para ti de amor puro y divino, y que Dios te bendiga, hermana Margaret.»

La mano se deslizó de izquierda a derecha con movimientos secos unas tres veces, y se paró.

«No sé lo que me está ocurriendo, esto es algo muy extraño, pero después del pequeño susto que he pasado al principio, ahora me resulta algo divertida esta experiencia —se dijo—. Al parecer, mi mente capta mensajes del más allá, pero no sé, tengo dudas... Bueno, mi hijo Richard ya verá y me leerá los garabatos que he escrito involuntariamente...»

Margaret se dio un buen baño, se vistió y se pintó superficialmente los labios. Su rostro nunca llevaba maquillaje. Eligió un traje de color beige y una blusa verde abotonada hasta el cuello.

Contempló la puesta de sol desde la terraza del ático como de costumbre, mediante la visualización interna. Imaginaba la noche estrellada, y la luna llena alumbrando en penumbra el verdor de Central Park. Encendió la radio y al instante escuchó que eran las nueve. «¡Oh!, como pasa el tiempo —se dijo—. Thomas debe de estar al llegar.»

Margaret acarició al perro y le habló:

—¡Hola!, Cherokee, voy a salir, no te preocupes, porque Richard no tardará en llegar y te hará compañía, ¿okey?

El perro le dio un lengüetazo en las manos y lanzó un pequeño ladrido. Margaret lo tradujo como un «de acuerdo». Luego cerró la puerta con llave y subió al ascensor.

Abajo, en la portería, esperaba Thomas Corbett, que acababa de llegar.

Se abrió la puerta del ascensor y Margaret percibió el característico olor de la colonia que Thomas solía usar.

—Thomas...

—Sí, cariño, estoy aquí —le dijo, al tiempo que se dirigía hacia ella. Ambos se abrazaron con fervor y se dieron unos besos en los labios.

Él la miró dulcemente y le lanzó un piropo:

—Estás preciosa, como un rosal en primavera... estás como un...

Margaret lanzó una risita.

—Y tú estás como estás... —repuso ella—. No sé, como no te veo...

Él hizo una mueca de mal gusto.

Thomas era un hombre delgado y menudo, con el rostro cuadrado y fuerte mandíbula, ojos negros y el cabello rubio peinado hacia atrás. Vestía un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata roja.

Abrió la puerta del reluciente Audi, y ayudó a Margaret a acomodarse en el asiento delantero. Luego él se sentó al volante y puso el coche en marcha, primera y salió disparado.

—Bien, vámonos en busca de una pizzería a hincharnos de pasta.

«Vaya por Dios, qué cena mas monótona y pesada», pensó ella.

Thomas condujo durante unos diez minutos. De pronto, levantó el pie del acelerador y el Audi redujo la velocidad. Detuvo el coche en el arcén y paró el motor. Ambos se apearon del automóvil.

—¡Mira, es ahí! —informó él señalando con el dedo índice.

Margaret movió la cabeza en silencio. Estaba desorientada, sólo veía un poco de luz, pero nada más.

La pizzería tenía un cartel luminoso que decía: PIZZERÍA LA BONNA COSA DE LA TERRA».

Entraron y tomaron asiento en un rincón. El local, por la imagen que daba, era categoría. Sin duda, tenía una clientela

de lo más selecta, pero el sabor, la calidad de la pasta y de los ingredientes eran la tarjeta de presentación.

Margaret sentía curiosidad por saber cómo era la pizzería por dentro y preguntó:

—¿Cómo es este local, cariño?

Thomas miró en derredor y respondió:

—Es un lugar distinguido y señorial. Si tuviera que elegir tres adjetivos éstos serían: limpio, acogedor y tranquilo.

—¿Y está muy concurrido? —quiso saber ella.

—No. Quizá se deba a que la clientela es adinerada.

—Ya —Margaret asintió—. Exactamente lo que yo estaba pensando.

Los camareros con camisa blanca y pajarita se movían por las mesas con toda discreción y elegancia.

Thomas levantó una mano al tiempo que chasqueaba los dedos para llamar a uno de los camareros. Éste se acercó para atenderles y pidió una pizza grande con champiñones, pimientos, anchoas, bacon, tomate y alcaparras, una ensalada, y de bebida, una botella de vino tinto de marca.

El camarero se retiró con el pedido y a los cinco minutos reapareció y sirvió la humeante pizza y lo demás.

—Hummm... qué bien huele —exclamó Margaret.

—Y que lo digas, corazón —rió él.

Thomas buscó las manos de Margaret y las asió. Luego le dijo con énfasis:

—Estamos hechos el uno para el otro; sin duda, eres mi media naranja. Somos almas gemelas, te quiero a más no poder.

Unas pequeñas partículas de saliva salpicaron en el rostro de Margaret, que se limpió disimuladamente con la servilleta.

«Vaya manera de salpicarme con la boca llena», se dijo.

—Gracias por tus cumplidos, pero estamos comiendo, cariño...

Thomas hizo una mueca de disgusto. «Jolines, no es sensible la puñetera esta», pensó.

Él comía y bebía con avidez. Ella masticaba despacio, apenas le pasaba la comida.

Unos minutos después, Thomas había terminado de comer y se limpió los labios con la servilleta. La observó unos instantes con detenimiento y, tras aclararse la garganta, dijo:

—A propósito, cariño, he pensado que ya que tú y yo nos llevamos tan bien y prácticamente llevamos una vida marital, deberíamos casarnos y hacer un testamento para tu tranquilidad, en el que diga... —le tembló la voz—, que en caso de fallecimiento de uno de los dos...

—¿Qué dos? —lo interrumpió ella.

—Mujer... —Thomas frunció los labios.

—No entiendo nada, ¿a qué te refieres...?

—Sí, me refería a ti y a mí —continuó él con expresión adusta—. A que si tú o yo nos muriéramos, el único que heredaría los bienes y el dinero del banco sería tu hijo Richard.

—Incluyendo los 300.000 dólares de la póliza del seguro de Plan & Life... y los 600.000 dólares del seguro de vida que contrató mi difunto marido.

—Por supuesto —Thomas asintió de inmediato.

Se produjo una pausa de pensativo silencio y, mientras Margaret reflexionaba, sus ojos parpadearon con una expresión desilusionada e incluso temerosa.

—Y bien, ¿qué opinas, eh? —insistió él.

—Bueno, ya veremos más adelante —contestó ella algo aturrida por la negativa conversación.

«Necesito una mentira psicológica que la atemorice —reflexionó Thomas—. Debo exagerar las repercusiones negativas en el hipotético caso de que ella falleciera.»

—No, Margaret, espera que te lo explique mejor, por favor —le dijo en un tono de voz quejumbroso, y con una auténtica

expresión taimada añadió—: No te das cuenta, y Dios quiera que no, pero si tú te murieras en un accidente y sin haber dejado hecho un testamento, el estado se quedaría con más del cuarenta por ciento de los bienes...

—No me digas, no había caído en ese detalle —comentó ella pensativa—. Lo tendré en cuenta.

Thomas lanzó un suspiro de alivio y rió por lo bajo. «Creo que ya está casi en el saco», pensó de nuevo.

Margaret no debía temer perder nada con respecto a hacer o no el testamento, porque en el caso de morir, el estado no se quedaría con nada y su hijo seguiría siendo el único dueño de las propiedades y de las cartillas de ahorro de su madre. Sin embargo, de producirse la muerte de Margaret y no haber hecho dicho testamento, sólo entonces, sería cuando su hijo tendría que solicitar, a través de un abogado, que se le designase heredero de los bienes de su madre en virtud de las reglas que regían la sucesión intestada en el estado de Nueva York.

—Bueno... entonces —prosiguió impaciente por zanjar el asunto—. ¿Estás de acuerdo o no?

—No sé... —respondió ella moviendo la cabeza.

Thomas se pasó la mano por el pelo y adoptó un semblante serio.

—Pero, amor mío, ¿cómo que no sabes...? —dijo levantando el tono de voz.

«¡Dios y todos los santos, en qué compromiso más raro me está metiendo!», pensó ella.

Thomas insistió de nuevo en un tono casi sumiso.

—Estoy esperando tu respuesta, Margaret.

—Antes de responderte necesito saber si tienes familia alguna o no.

—No, ninguna —Thomas fingió con naturalidad—. Estoy más solo que la una.

—O sea, ¿que no tienes a nadie...?

—Sólo a ti —le dijo en un tono afable.

Margaret, después de reflexionar unos instantes en silencio, preguntó:

—Entonces, si tu murieras, ¿sería mi hijo el heredero y yo también, no?

—Sí, claro, así es... —repuso Thomas—. Y todo lo mío sería vuestro.

—Y a la inversa, si yo muriera, ¿sería mi hijo el único heredero o tú también?

Thomas se aclaró la garganta y se esforzó para responder con serenidad.

—No, sólo tu hijo, por Dios, faltaría más... —se interrumpió un instante y luego se apresuró a aclarar—: Sin embargo, en dicho testamento, deberías nombrarme albacea.

—¿Albacea, con qué intención?

—Sólo con la intención —contestó visiblemente incómodo—, de velar por todos los bienes de tu hijo, mientras fuese menor de edad, claro está; o sea... hasta que cumplierse los dieciocho años. Es normal en estos casos, ¿no te parece?

—Sí, claro —Margaret asintió lentamente con expresión meditativa.

—Bueno... entonces, ¿estás de acuerdo en que hagamos el testamento según lo pactado, cariño?

Margaret se limitó a asentir nuevamente con la cabeza, sin darle más importancia al asunto. «Bueno, de momento lo dejemos así, ya entraremos en algún que otro detalle más adelante», pensó ella.

—Bien —prosiguió Thomas—. Esta noche es especial. Brindemos por ello —dijo, al tiempo que levantaba la copa de vino.

Margaret lo imitó y las copas hicieron un ruido característico: «Chinchín».

—¿Te apetece un café, cariño? —le preguntó él.

—No, estoy llena —respondió ella después de llevarse la mano al estómago.

—En ese caso, tómate una manzanilla o un poleo —insistió Thomas.

—No. Tampoco me apetece.

—Como quieras, amor mío —dijo él encogiéndose de hombros.

Thomas pagó la cuenta y abandonaron el restaurante a las once.



Thomas condujo durante unos cinco minutos sin rumbo fijo por las iluminadas calles de la ciudad. Detuvo el coche en el arcén y paró el motor. Le dirigió una mirada lasciva a Margaret y le dijo mientras le acariciaba el rostro:

—Cariño, vamos a un hotel o a tu casa. A...

—¿Cómo...? —dijo ella arqueando una ceja.

Thomas carraspeó para tener la voz clara y cariñosamente le preguntó:

—¿No echas de menos una cosa?

Margaret intuyó por su tono de voz que Thomas estaba deseando un rato de sexo.

—Sí, pero siento decirte que no va a poder ser...

—Pero ¿por qué no? —se apresuró a protestar él en un tono desabrido

—Lo siento —le dijo ella sonriendo—. Estoy con la menstruación.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Thomas con expresión enfurruñada.

—No te enfades, por favor —le rogó ella.

Se produjo un breve e incómodo silencio.

—Y bien... ¿qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos?

—Llévame a casa, por favor —le dijo ella en un tono resuelto, tras carraspear para librarse del compromiso.

Thomas movió la cabeza en un gesto de enfado. Ella notó que él estaba con la mosca en la oreja.

—Anda, cariño, llévame a casa, por favor —insistió ella con expresión seria. Me siento indispuesta, a consecuencia de la regla.

Thomas seguía frunciendo los labios y moviendo la cabeza, sin poner de su parte ni una pizca de comprensión.

Margaret percibió que Thomas le transmitía malas vibraciones.

«Maldita sea, estoy dando una imagen de auténtico intolerante. Debo cambiar mi comportamiento», pensó él.

—Sí, claro, vamos donde tú me digas, cariño —accedió al fin Thomas en un tono condescendiente, al tiempo que arrancaba el motor, puso la primera y apretó el acelerador dirigiéndose a Manhattan.

Durante el trayecto, Thomas procuró ser en todo momento comprensivo y amable. Pues no quería seguir hiriendo su sensibilidad.

—Sigo pensando que deberíamos casarnos ya... —comentó él con buen talante, tras un largo silencio.

—¿A qué viene tanta prisa, eh?

—No sé, a decir verdad, no sabría contestarte —dijo Thomas—, pero mi corazón me dice que quiere hacerte compañía y colmarto de felicidad, ¿qué te parece la idea?

—Bueno, es una cuestión que requiere una reflexión concienzuda —contestó ella y tras permanecer en silencio un rato meditando comentó—: Claro que en dicho caso, deberíamos previamente hacer una separación de los bienes ante un notario. A eso se le llama hacer capitulaciones matrimoniales.

En el rostro de Thomas se reflejó una sombra de contrariedad tras escuchar la frustrante frase: «Hacer una separación de los bienes ante un notario.»

—¿Para qué? Si ambos nos queremos, no hay nada que separar.

—Bueno, me guío por el corazón y él me dice que debemos hacerlo.

Thomas le dirigió una mirada inquisitiva y se puso a la defensiva con expresión preocupada.

—Pero ¡qué dices, mujer! ¿Para qué separarlos? Lo nuestro es para toda la vida y, una vez casados, es de los dos, y ya está.

—No, mejor separarlos... —insistió Margaret secamente—. Te ruego que desistas de tal pretensión.

Thomas negó con la cabeza. Luego, dijo visiblemente nervioso:

—Hablas tantas veces de la palabra «compartir» y ahora me exiges lo contrario, «dividir» ¿por qué razón, eh?

—Porque así, en el supuesto caso de salir mal parados, ninguno de los dos conseguirá hacerse dueño de los bienes ajenos —sentenció Margaret y de inmediato zanjó—: Y, por favor, no quiero seguir con esta conversación.

Thomas frunció los labios y reprimió la ira. «Esta tía me está cayendo gorda... Si sigue en sus trece va a conseguir estropearme los planes, y eso que es ciega», se dijo.

Al día siguiente, Margaret se despertó sobre las seis y media de la mañana y comenzó a practicar sus lecciones de meditación: repetición mental de un mantra y visualización interna para ver con su ojo mental.

Sobre las siete, Margaret ya había terminado de realizar los ejercicios espirituales. Su hijo Richard acababa de levantarse. Se duchó y se puso un albornoz.

—Hola, Richard, ¿cómo estás? —le preguntó su madre con semblante risueño.

—Bien, no me puedo quejar.

—¿Todavía te sientes resentido por lo de ayer?

—¿Cómo...?

—Sí, por lo que me dijistes, de tu arrebato.

—¡Oh, no, perdona, mamá, estaba algo enfurruñado, ya sabes, olvídalo.

—Claro que sí, hijo mío. Las personas nos levantamos a veces con mal pie.

—Cierto, mamá —asintió Richard cabizbajo.

Ambos se sentaron a desayunar. En la mesa había pan tostado, aceite de oliva, mantequilla, una ensalada de tomate, lechuga, apio, aceitunas y un huevo pasado por agua. De bebida, agua y zumo de uva.

—A propósito, ayer poco después de marcharte, me senté a escribir un poema de esos que tú luego me sueles leer y me ocurrió algo extraño.

—¿A qué te refieres, mamá?

Margaret sacudió la cabeza pensativamente.

—No sé, no puedo explicártelo, hijo. Échale un vistazo al bloc de poemas y dime si ves algo que te llame la atención.

Richard hojeó el cuadernillo y advirtió unos gráficos y unos largos párrafos que no tenían nada que ver con la poesía.

—Aquí veo una especie de dibujo abstracto.

—¿Cómo es, Richard? —le preguntó ella.

—Es como una espiral, mamá —respondió su hijo—. Y además hay un escrito que, por cierto, no se parece en nada a un poema.

—Pues léemelo, a ver de qué se trata, por favor —le pidió su madre con actitud expectante.

—¿Cómo lo has hecho, mamá?

Margaret se encogió de hombros. Al cabo de unos instantes contestó:

—Sólo puedo decirte que sucedió de forma involuntaria.

—Involuntaria —repitió Richard con expresión interrogativa—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que me quedé con la mente en blanco al intentar escribir... y de pronto mi mano se deslizó y comenzó a moverse sin control alguno.

Richard sacudió la cabeza después de fruncir el ceño.

—¿Quieres decir que tuvistes, por decirlo de alguna manera, la experiencia de la escritura automática...?

Margaret movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Bien, ¿a qué esperas para léemelo? —le pidió su madre.

—Bueno, aquí dice reiteradamente, dimensiones, dimensiones, dimensiones... —dijo Richard con expresión meditabunda—. Dice llamarse Santro...

—¿Quién es ése...? —se apresuró a preguntar ella.

—Y yo qué sé, mamá, el que te envía el mensaje, quién va a ser... —le dijo Richard y después continuó—: Este ser dice, entre otras cosas, que su maestro se llama Samitu. Que saben mucho de ti, de tus estudios y meditaciones...

Margaret rió por lo bajo. «Qué imaginación más traviesa tiene mi Richard», pensó.

El chico se quedó sorprendido frunciendo el entrecejo al percatarse de que en dicho mensaje se mencionaba a Thomas Corbett.

—¿Qué te ocurre, hijo, se te ha comido la lengua el gato? ¿Por qué no me lo lees de una vez, eh?

Richard se dispuso a leerlo, pero se detuvo antes de pronunciar palabra.

—Mamá, no te lo vas a creer...

—¿El qué, hijo?

—Es que es muy fuerte, mamá —contestó su hijo, después de llevarse la mano derecha a la cabeza.

—¿Que dice? —quiso saber Margaret impacientemente.

—Dice, entre otras cosas, ni más ni menos que Thomas Corbett, tu amigo, no tiene buenas intenciones... Que no te quiere y busca tu dinero, por eso te colma de regalos.

Margaret hizo un violento gesto con las manos y rezongó:

—¡Basta ya de tomarme el pelo! ¿Cómo puedes hacerme bromas tan pesadas y de tan mal gusto?

—No, mamá. No estoy de broma ni de coña, ¿vale? —le replicó él con semblante serio—. Te estoy diciendo, a pesar de la dificultad que me causa entender tu letra, lo que dice el mensaje o como se le quiera llamar. Qué pena que no puedas ver...

—Se acabó, no sigas... Tu desfachatez me exaspera.

—Por favor, mamá no te exacerbes, ten fe en mí —repuso indignado—. Ya sé que no te gusta oír la verdad, eso es lo que realmente te enoja.

Margaret lanzó un suspiro de impotencia.

—Perdona, mamá, te estoy siendo sincero, y si de verdad no me crees, cojo y me voy de casa para siempre...

—¡No, por Dios! —Unas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Margaret—. Eso no me lo digas ni en broma, hijo.

Hubo una desagradable pausa.

—No. No puede ser cierto —se lamentó en voz alta, al tiempo que se enjugaba las lágrimas.

—Lo es, mamá.

Margaret se quedó sin habla, sorprendida. Sin saber qué decir. Finalmente se recuperó y exclamó desolada:

—¡Dios mío! ¡Cómo ha podido sucederme esto a mí! ¿Por qué?

—No lo sé, mamá —respondió abrazándola para consolarla—. Esto parece irreal; sin embargo, puede que algún ser del más allá desee advertirte de que estés precabida y no bajes la guardia...

Margaret asintió lentamente con expresión meditabunda.

—No sé, pero puede que estés en lo cierto, hijo mío.

—Yo lo único que te puedo decir de Thomas es que no me gusta un pelo.

«No debo, pero no puedo dejar de contarle a mi hijo lo que me planteó Thomas con referencia al testamento...», pensó ella.

—Bueno... Dejemos ya de preocuparnos, ¿no te parece, mamá?

—Sí, pero antes quiero ponerte en conocimiento de lo que me propuso Thomas anoche cuando cenábamos.

—Bien, soy todo oídos, cuando quieras... —dijo expectante.

—Ayer no paraba de insistir en que nos pasáramos por una notaría para hacer un testamento.

—¿Qué clase de testamento, mamá? —inquirió Richard mirándola fijamente.

Margaret se pasó la mano por la cabeza y le explicó:

—Me insinuó casarnos y que hiciéramos testamento, en el que constase que tanto mis bienes como los suyos, en caso de que falleciéramos, pasaran a ser de tu propiedad.

Richard sacudió la cabeza con aire pensativo.

—Pero ¿qué diablos pretende, mamá?

—Él me dijo que se le ocurrió para que, en el supuesto caso de que él y yo faltáramos, el gobierno no se quedara con más del cuarenta por ciento.

Richard movió la cabeza con expresión incrédula. «Me parece que éste es un tío taimado del que no debemos fiarnos», pensó.

—Y hablando de supuestos ¿qué pasaría si fueses tú la que falleciera? ¿Qué ocurriría, eh?

—En dicho caso, dijo literalmente que él se haría cargo de todos los bienes hasta que tú fueses mayor de edad.

—¿Y tú, mamá, no te das cuenta de que el buitre de Thomas está acechando para atrapar una fortuna ajena...?

—No sé, la verdad es que estoy perpleja dada la ambigüedad de la situación —confesó Margaret preocupada.

—Pues no es para que estés tan desconcertada, mamá —le replicó su hijo, al tiempo que se llevaba la mano a la frente.

—Bueno, pienso que debo estar precabida ante cualquier maniobra negativa —concluyó ella con una marcada expresión de incertidumbre.

Richard miró detenidamente el rostro de su madre y terminó asintiendo pensativo.